

01.01

WJ

# Personalidad histórica de Cisneros.

---

## = Discurso =

leído en la sesión pública celebrada por la Real Academia de  
Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, con motivo del  
4.º Centenario de la muerte del Cardenal Jiménez de Cisneros,

por el Doctor

Teodoro de San Román y Maldonado

Catedrático del Instituto y Académico Numerario.



TOLEDO

Imprenta y Librería de la Viuda e Hijos de J. Deláez

Comercio, 55, y Lucio, 8.

5

A mi distinguido amigo, cultísimo Soledad, Excmo  
Sr. D. Gustavo Morales,

J. de San Román



R  
44729



*Excmo. Sr. Ministro de la Corona.*

*Excmo. y Rmo. Sr.*

*Excmos. e Ilmos. Sres.*

*Distinguido auditorio.*



RESPECTUOSO al requerimiento de nuestro digno Director para llevar, en unión de otros compañeros, la voz de nuestra Academia en el homenaje que esta institución tributa al incomparable franciscano, honra de la nación española, bien pronto saldría airoso de tan difícil empeño con sólo pronunciar el nombre del ínclito siervo de la Orden seráfica. Porque, ¡qué mejor apología que repetir el nombre de Cisneros, en el momento histórico que atravesamos! La simpática figura de este hombre insigne parece que se agiganta en la edad actual, por lo mismo que nuestras angustias y desdichas nos obligan a volver los ojos a otros tiempos más lisonjeros y de más halagüeña perspectiva, buscando ejemplos y caracteres que nos reanimen y hagan despertar del aletargamiento en que vivimos.

Sí, señores; no será temeraria afirmación sostener, que, en los diferentes organismos y categorías sociales, las entidades que representan las clases directoras no apartan, hoy, su vista del venerable Arzobispo de Toledo.— El sacerdote secular, lo mismo que el regular, no olvidan a Cisneros, contemplando cómo desempeñó su evangélica misión, pri-



mero, en el arciprestazgo de Uceda y vicariato de Sigüenza, y más tarde, en las celdas de la Saleceda, San Juan de los Reyes y el Castañar; el padre de almas venera a Cisneros, como director espiritual de la reina más grande de Castilla; el político no desecha de su mente a Cisneros, admirando la entereza del que supo tener a raya a la turbulenta aristocracia y robustecer la autoridad real; el estratega enaltece a Cisneros, encomiando al caudillo de Orán, más que por su desinterés y abnegación, por su talento guerrero, reconociendo, con la crítica histórica, su superioridad respecto de Pedro Navarro; el hombre de ciencia declina su entendimiento ante Cisneros, ofreciendo fervoroso culto al fundador de la Universidad de Alcalá y autor de la publicación de la Biblia poliglota, al verdadero Mecenas de los hombres de saber; el pedagogo, en fin, rinde su tarea profesional a la portentosa labor de Cisneros, que se anticipó cuatro siglos a los avances de la edad contemporánea, en materia de enseñanza, evidenciando que ciertos procedimientos e innovaciones de nuestros días, en la ciencia pedagógica, no pueden ostentar patente de novedad, siquiera se disfracen con sugestivos nombres.

Declaro, con absoluta ingenuidad, que nada nuevo he de aportar relativo a la vida de nuestro personaje, después que, desde hace mucho tiempo, inteligencias muy superiores a la mía han sabido espigar, en el frondoso campo de la investigación y de la crítica, los más exquisitos frutos, libando de sus hermosas flores todo el néctar que contenían; pero ante la imperiosa necesidad de ofrecer al insigne hijo de Torrelaguna el testimonio de nuestra admiración, cumpliendo, con ello, el acuerdo de la Academia, he entendido—por lo que a mí concierne—que la mejor ofrenda que podemos hacer a aquel varón esclarecido, es presentarle como modelo a la generación presente. De esta manera, demostramos no perder de vista el carácter más atractivo de la Historia, cual es la

aplicación de sus enseñanzas a la vida humana, pues no en balde la denominó el más ilustre de los oradores romanos «maestra de la vida».

A tal propósito, se hace preciso examinar —aunque de un modo muy sucinto— la PERSONALIDAD HISTÓRICA DE CISNEROS; fijándome, especialmente, en su actuación como gobernante, ya que otros compañeros estudian al sacerdote y al soldado.

Y a fin de apreciar mejor la importancia de la época de Cisneros, es necesario conocer el cuadro que ofrecía Castilla en su último reinado. Hable, por nosotros, el nunca bastante llorado Menéndez Pelayo; nadie, como él, ha trazado una pintura tan magistral de aquel triste período.

Dice así el eximio polígrafo:

«Nunca la justicia se vió tan hollada y escarnecida: nunca imperó con mayor desenfreno la anarquía: nunca la luz de la conciencia moral anduvo tan a punto de apagarse en las almas. Roto el freno de la ley en grandes y pequeños: vilipendiada en público cadalso y en torpe simulacro la majestad de la Corona: mancillado el tálamo regio: enseñoreados de no pocas iglesias la simonía y el nepotismo: dormida y estéril, ya que no vacilante, la fe: inficionadas las costumbres con el enervador contagio de los vicios de Oriente: inerme el brazo de la justicia: poblados los caminos de robadores: enajenada con insensatas mercedes la mayor parte del territorio: despedazada cada comarca, cada ciudad, por bandos irreconciliables; suelta la rienda a todo género de tropelías y desmanes: pareció que todos los ejes de la máquina social crujían a la vez, amagando con próxima e inminente ruina.» Otro escritor contemporáneo, que goza de bastante reputación, dice ocupándose del mismo asunto: «la degradación del trono, la impureza de la privanza, la insolencia de los grandes, la relajación del clero, el estrago de la moral pública, el encono de los bandos, la justicia y la fe pública escarnecidas, etc.»

Efectivamente, la Nación parecía haber llegado a un estado de descomposición y total acabamiento, de imposible remedio.

Por una serie de acontecimientos que ordinariamente suele llamarse fortuitos, que el fatalismo los atribuye al destino y el hombre creyente ve en ellos la acción de la Providencia, llegan a ocupar los tronos de Castilla y Aragón dos príncipes que sólo podían alegar un derecho remoto. Merced a determinadas circunstancias que revestían el carácter de crímenes misteriosos, se encontraron Isabel y Fernando con el camino expedito para dirigir la nave del Estado, dando comienzo a la magna obra de reconstitución y saneamiento.

No he de ofender vuestra ilustración (aparte de que sería fuera de lugar), reseñando la titánica empresa llevada a cabo por los Reyes Católicos. En síntesis sólo diré, que de vivir dichos monarcas en el cielo troyano, se hubiera atribuido aquélla a los héroes y semidioses con que la mitología griega poetizó las hazañas de los dorios y de los jonios. Parece arte de encantamiento, pero lo cierto es que, en pocos años, la majestad del trono se vió respetada; abatidos los magnates; derribados los castillos, guaridas de malhechores; los caminos, limpios de golfines; en los tribunales, imperando la justicia; los diversos ramos de la administración pública, funcionando con regularidad; la moralidad, siendo gala del hogar doméstico; las artes e industrias, prosperando; las rentas públicas, creciendo. Acaecimientos son éstos, sin contar las empresas exteriores y el notable desarrollo de la cultura intelectual, muy bastantes para inmortalizar los nombres de los monarcas que los realizaron.

Empero, el grandioso edificio levantado por los Reyes Católicos amenazaba derrumbarse a su muerte. Densos nubarrones obscurecen el horizonte de nuestra patria, como preludio de furiosa borrasca. El príncipe heredero, nacido y educado en Flandes, y dirigido por extranjeros, pretende

que se le proclame rey de España en vida de su madre, legítima reina; su hermano, el infante D. Fernando, que por el testamento primero de su abuelo materno era el más favorecido, requiere al Consejo de Castilla para que le reconozca como regente; el Archiduque de Austria no cejaba en sus injustas pretensiones; el cardenal Adriano, exhibiendo poderes del príncipe D. Carlos, suscita competencia para la gobernación del reino; Francia y Portugal, en actitud enemiga; los piratas del Mediterráneo, hostilizando nuestras naves; los magnates, impacientes de freno, aspiraban a recobrar el influjo que habían perdido..... ¿Habría de permitir la Providencia que, después de tan heroicos esfuerzos realizados por los Reyes Católicos para afianzar la unidad nacional, promoviendo al mismo tiempo el bienestar moral y material de España, la titánica obra desapareciese súbitamente, retrocediendo a la época del desdichado monarca, depuesto en Ávila por modo tan grotesco? No.

Isabel supo sacar del retiro y soledad de una celda a un hijo del pueblo, para hacerle depositario de los secretos de su conciencia. ¿Quién pudiera creer que bajo el tosco sayal del franciscano, se ocultaba uno de los más grandes genios que registra la historia del mundo?

Cisneros es un símbolo. Las cualidades de tenacidad, perseverancia, abnegación, noble altivez, junto con el vigor físico, que caracterizan la raza ibera,—y que, a través de los siglos, han perdurado incólumes, no obstante la variedad de atributos de las diversas gentes establecidas en nuestro suelo—, se hallan personificadas en el conquistador de Orán. Es el prototipo de la genuina extirpe española. Compleción recia, seco de carnes y enjuto de rostro: he ahí su semblanza física; robusta fe religiosa, virilidad a toda prueba y espíritu independiente: he aquí su fisonomía moral. Cisneros es, pues, la encarnación del carácter nacional.

Por esto, en el crítico momento en que parecía extinguirse

la energía y pujanza de nuestra raza, para ser absorbida por una política exótica; cuando la exuberante vida de la nación española presentaba síntomas alarmantes de descomposición, aparece, providencialmente, un elemento reconstitutivo, que viene a intensificar la monarquía de España, sofocando los mortíferos gérmenes e inoculando la savia vivificadora.

La aerisolada virtud y excepcional talento que resplandecían en Cisneros eran sobrados títulos para que el Rey Católico le consultase, durante su regencia, en los más arduos negocios del Estado, y para que antes de morir le designase regente de Castilla, no obstante los recelos y suspicacias que entre ellos había desde la conquista de Orán.

Al hacerse cargo el Arzobispo de Toledo de la gobernación del reino, su primer cuidado fué refrenar las transgresiones de la insolente nobleza. Ésta, al ver, con hondo disgusto, que aquel elevado puesto había recaído en una persona de obscuro nacimiento y además hombre octogenario, creyó, al pronto, que, a la sombra de la decrepitud, recabaría el ascendiente y prepotencia que en otra época disfrutara; muy luego hubo de convencerse de que tenía que habérselas con un viejo, sí, pero en quien los años no habían hecho mella en su vigoroso espíritu, pues conservaba aquel temple y fibra que demostró en los comienzos de su Pontificado en la sede toledana, cuando, con una firmeza, constancia e inflexibilidad admirables, llevó a cabo la reforma de las órdenes religiosas y clero secular, sin que le arredrasen la oposición e intrigas de los Claustrales y del mismo Cabildo de su Iglesia. Esos son mis poderes», dijo a la Diputación de nobles que se atrevió a pedirle cuenta de los títulos con que gobernaba, al mismo tiempo que abriendo los balcones de Palacio les enseñaba los elementos de fuerza que tenía preparados. Y en otra ocasión a los del Consejo de Castilla, cuando repugnaban se proclamara a Carlos rey de España: «no os reunido, les dice, para consultaros, sino para obedecer». El gesto de

noble y discreta arrogancia con que dichas frases fueron pronunciadas, evidencia la entereza del nuevo regente y la firme convicción que tenía de sus deberes, ante la audacia de los grandes, que formaban una absorbente oligarquía desde más de tres centurias.

Su política, pues, iba encaminada a consolidar el poder real, abatiendo el de la aristocracia; como lo patentiza, además de otras importantes medidas, la creación de una milicia ciudadana, base de los ejércitos permanentes, a disposición de la Corona. Por cierto—y dicho sea de paso—el programa o plan de estudios que implantó para la enseñanza de los oficiales y soldados de la *Ordenanza o milicias*, según respetables autoridades, entre ellas el General conde de Clonard, no exigía menos conocimientos que los de esta época; y a pesar de la resistencia de los magnates, que llegó a traducirse en abierta rebelión en algunas ciudades, no se intimidó el imperturbable regente, que llevó a efecto el sistema de reclutamiento que se había propuesto, adelantándose a las naciones que hoy le imitan en la organización de los ejércitos.

Para terminar el aspecto político de Cisneros, hagamos notar también su clarividencia como diplomático, anticipándose cuatro siglos, y dejando un saludable aviso a los por venir, acerca de problemas muy transcendentales sobre la colonización de África y posesiones allende los mares, que, al ser desatendidos en sazón oportuna, han exigido, más tarde, enormes sacrificios y un tesoro de lágrimas y sangre.

No ha faltado quien, pretendiendo obscurecer el brillo de nuestro genial personaje, ha visto en su gobierno la realización de una máxima política calcada en el despotismo; mas tal opinión, por lo errónea, no ha encontrado ambiente en la verdadera crítica histórica. En el austero anacoreta del Castañar se armonizaban las virtudes privadas, que, en grado heroico, ejerció durante su vida, con excepcionales cualida-



des de gobernante: elevación de miras, incorruptible justicia, integérrima administración, oposición tenaz a toda clase de corruptelas y, por tanto, francamente hostil al nepotismo (plaga social de todos los tiempos); todo lo cual hace, que su personalidad culmine entre los más conspicuos hombres de Estado, como modelo intachable. Son casi unánimes los elogios que, en este concepto, se han tributado al venerable franciscano, figurando entre sus panegiristas escritores extranjeros, entre los cuales merece citarse el norte-americano William Prescott y el inglés Robertson. La regencia de Cisneros fué el complemento del reinado de los Reyes Católicos; secundando y perfeccionando sus miras políticas, preparó el esplendente siglo de oro de la grandeza de España.

Detengámonos un poco en su empresa cultural que, por lo gigantesca, es digna del mayor encomio.

Asentada sobre granítico cimiento la grandeza política y material de España, se propuso nuestro Cardenal fomentar la cultura intelectual, base indispensable del engrandecimiento de los pueblos.

La creación de la Universidad Complutense fué el objeto predilecto de sus amores. Desde que puso la primera piedra del proyectado establecimiento, en 24 de Febrero de 1498, no perdió de vista su institución universitaria; y es verdaderamente asombroso que, en medio de las múltiples atenciones que, como Arzobispo de Toledo y Regente de España, absorbían su actividad, aparte de las empresas y negocios exteriores, pudiera consagrarse, como lo hizo, a dar impulso a las obras, hasta que las vió terminadas en el mes de Julio de 1508. Sin pérdida de tiempo, instauró diversas enseñanzas; y aunque los estudios teológicos fueron el principal objeto de la naciente Universidad, el fundador estableció otras disciplinas y ramas del saber, como la gramática, retórica, lógica, lenguas, medicina, matemáticas y derecho; y, animado de un gran espíritu expansivo, buscó los sabios de

más reputación de España y del extranjero para ponerles al frente de aquéllas (1).

Dieta sabias medidas para el régimen interior de su gran escuela, abarcando con su perspicaz inteligencia una porción de particularidades; y en poco tiempo adquirió tal renombre la nueva Universidad, que pudo competir con la celebérrima de Salamanca, atrayendo la admiración de propios y extraños.

Como coronamiento de tan magna empresa y con el fin de facilitar y extender los estudios, proyecta fundar 18 colegios para estudiantes pobres. Además del Colegio Mayor de San Ildefonso, instituye en un solo día siete menores (2). La muerte le impidió continuar estas fundaciones; pero se encargaron de realizarlo beneméritos hijos, que se habían educado en los ya establecidos, formando en torno de la primitiva fundación una esplendente diadema. Dichos colegios fueron fecundo plantel de hombres insignes, ornamento de la patria, llegando a ocupar, por indiscutibles méritos científicos y literarios, los primeros puestos del Estado. Hay más: bajo la égida de la célebre academia complutense, muchas órdenes religiosas fijaron su residencia en Alcalá, a fin de que los jóvenes profesos, que habrían de ser maestros en sus casas monásticas, cursaran los estudios en aquel centro de ilustración, a cuyo acceso no había limitación alguna, porque sus enseñanzas se ofrecían generosamente a todas las clases y condiciones sociales (3).

Alcalá vió levantar dentro y fuera de sus muros edificios grandiosos, habitados, muy luego, por varones esclarecidos, que supieron hermanar el retiro de la celda con el palenque literario que les brindaban los ejercicios universitarios. El foco intelectual de la universidad de Cisneros difundió su

---

(1) Véase el apéndice n.º 1.

(2) Véase el apéndice n.º 2.

(3) Véase el apéndice n.º 3.

luz por los ámbitos del mundo. Díganlo los apóstoles de la enseñanza, José de Calasanz, Ignacio de Loyola, Tomás de Villanueva y el maestro Juan de Ávila, discípulos de dicha Escuela; asimismo lo fueron, los PP. Soto y Mariana, el divino Vallés, Arias Montano, el cardenal Loaysa, Ambrosio Morales, Sandoval y Rojas, Valero y Losa, Lope de Vega, Calderón, Moreto, Tirso, Quevedo y muchos otros preclaros varones, timbre de gloria de nuestra patria, que honraron la toga, mitra, la pluma, la espada, brillando cual luminare de primera magnitud en los tribunales, concilios, en los consejos, en las aulas.

Asombro de erudición mundial fué la Biblia Poliglota. Basta esta sola empresa para inmortalizar a Cisneros. Punto menos que imposible sería, referir, según el parecer de su principal biógrafo (1), las fatigas, vigiliias y trabajos puestos a contribución por los sabios encargados de la revisión y cotejo de los manuscritos, así como la constancia y abnegación del Cardenal. Todo lo venció el talento de este hombre extraordinario, imponiéndose sacrificios de todo género. Él presidía los trabajos, les daba impulso, aclaraba las dudas y resolvía las dificultades (2).

A los quince meses de comenzada la obra y cuatro antes de su muerte, recibió Cisneros el último pliego de la Biblia, derramando lágrimas de intensa alegría, por ver cumplido el anhelo más ardiente de su alma.

El mejor elogio que puede hacerse de este monumento literario y tipográfico, es trasladar aquí las palabras de un escritor protestante, pues aleja toda sospecha de apasionamiento. Dice así: «Si se contempla la obra con relación a la época y a los auspicios que a su ejecución presidieron, no puede menos de considerársela como uno de los más

---

(1) Alvar Gómez de Castro, *De rebus gestis Francisci Ximenii*.

(2) Véase el apéndice n.º 4.

nobles monumentos de saber, piedad y munificencia, que hace a su autor digno del aprecio y gratitud del mundo cristiano» (1).

Apenas hubo ramo alguno de los conocimientos científicos de aquel tiempo, que no recibiese protección de nuestro Prelado. Sin su liberalidad yacieran en el olvido los escritos del insigne Obispo abulense, el Tostado; a sus expensas se imprimieron las obras de Raimundo Lulio; bajo sus auspicios se emprendió una edición completa de las de Aristóteles en griego y latín; por su encargo y coste, el talaverano Gabriel Alonso de Herrera publicó sus observaciones y trabajos sobre Agricultura, regalando ejemplares a los labradores; asimismo, el Misal y Breviario muzárabes, varios tratados de piedad y doctrina cristiana, y libros litúrgicos, que distribuyó entre parroquias y conventos: todo lo cual le hizo acreedor al título de *óptimo protector del arte de la imprenta*. A su magnanimidad se debe la fábrica y notable colección manuscrita de la biblioteca de la Iglesia toledana; y él inspiró al arcediano de Almazán, Juan López de Medina, el pensamiento de fundar el Colegio-Universidad de San Antonio de Portaceli en Sigüenza, que fué, a la vez, convento, estudio y hospital.

Antes de terminar esta fase de la vida de Cisneros, debemos acentuar la afirmación de que planteó y solucionó problemas sociales, que en nuestros días se consideran como fruto de las modernas orientaciones.

A los muchos establecimientos que sucedieron a la instauración de la Universidad, hay que agregar la creación de hospitales con destino a ancianos impedidos para el trabajo y para que los estudiantes pobres fueran atendidos en sus enfermedades; pósitos de granos (alholies) en Toledo y otros puntos, los cuales dotó espléndidamente, remediando, de esta manera, la penuria de víveres ante la avaricia de los

---

(1) W. Prescott, *Historia del reinado de los Reyes Católicos*.

acaparadores; colegios de mujeres, especialmente huérfanas, de que son vivo testimonio los conventos de Alcalá y Toledo, que llevan el mismo título, de San Juan de la Penitencia, asignándolas el fundador rentas bastantes, para que, con la Comunidad de religiosas, se educaran 24 doncellas *pobres y nobles*, las cuales, después de seis años de permanencia, podían profesar o casarse, y en este último caso se las dotaba (1).

Si atendía con predilección a los menesterosos, proporcionándoles el pan del cuerpo con los pósitos y otros medios, y el alimento del espíritu con la enseñanza, no echaba en olvido la pobreza vergonzante, pues veía que a los profesores, careciendo de recursos en la ancianidad, les amenazaba más penuria que a los mismos proletarios. A este fin, convirtió la antigua iglesia de San Justo y Pástor en *catedral universitaria y asilo de sabios*, que necesitaban quietud y reposo en su vejez; y obtuvo del Papa que las canonjías de ella se otorgasen a los maestros y doctores más antiguos de la Universidad.

Si analizásemos con detenimiento los estatutos y reglas dictados por Cisneros para las diversas instituciones indicadas anteriormente, veríamos, planeadas unas y resueltas otras, multitud de mejoras que la moderna sociología, en el ramo de enseñanza, considera de su invención, cuando no ha hecho más que vestirlas con otro ropaje. Lo que hoy se llama extensión universitaria, residencia de estudiantes, escuela del hogar, educación del obrero, etc., etc., no son más que un remedo y trasunto de la estupenda labor que, en aquel aspecto, realizó el egregio franciscano. ¿No creéis, respetabilísimas autoridades y cuantos tenéis la dignación de escuchar-

---

(1) Opiniones autorizadas afirman, que el colegio de San Juan de la Penitencia de nuestra ciudad fué fundado por Fr. Francisco Ruiz, Secretario de Cisneros.

me, que, reflexionando acerca de la magnitud y alcance de las reformas, con tanto tesón implantadas por Cisneros, de él puede decirse que hizo la revolución desde arriba?

Por no poner más a prueba vuestra paciencia, paso por alto mencionar las interesantes disposiciones que dictó Cisneros durante su regencia, que han servido de base a la civilización del continente americano, acerca de la esclavitud de los indios, la trata de negros, enseñanza de los niños, la fundación de iglesias y hospitales, etc.; así como tampoco me detengo en hacer reseña de los inapreciables monumentos, que para la historia y el arte atesora nuestra imperial ciudad, debidos a la munificencia del excelso purpurado, por ser tarea encomendada a un distinguido compañero, más competente que yo en la materia. Sí diré, con este motivo, que Toledo no es la menos obligada a testimoniar su gratitud al santo Prelado, y que honrando su memoria se honra a sí misma.

Los últimos días de Cisneros reflejan, mejor que cualquiera otra ocasión, la impasibilidad y grandeza de su ánimo, la abnegación de su espíritu, el heroísmo del apóstol.

Casi todos los historiadores convienen en que aquella desabrida y desdeñosa carta que el joven rey le dirigiera, laceró hondamente el corazón del bondadoso anciano y que fué bastante para acelerar el día de su muerte. Podrá calificarse de indiscreción o de jaetancia en mí, mas permitidme que me separe de ese unánime parecer, en gracia de esta ingenua confesión. El que supo resistir los ataques de la envidia y las calumnias de sus enemigos; el que sofocó las insolencias de los poderosos y las intrigas de los cortesanos; el que, siendo ya octogenario, rechazó, con gallarda actitud, las imposiciones de los co-regentes extranjeros, que pretendían contrapesar el poder del Cardenal de España; el que, apenas puso el pie en la península el nieto de Maximiliano y de los Reyes Católicos, dirigió a su soberano consejos, que

más bien parecían mandatos, acerca de cómo debiera regir el reino: no había de anonadarse por el injusto desvío del inexperto monarca. Cierto, que los años habían encorvado su cuerpo y la fiebre debilitaba su organismo físico, pero el vigor y temple de su alma no llegó a experimentar quebranto alguno. ¡Es que había llegado su hora!

Al cumplir su misión como gobernante, y ahora más que nunca, echaba de menos, para terminar sus días, las soledades del Castañar y de la Salceda, donde comenzó su vida de anacoreta. De allí hubo de sacarle la reina Isabel para hacerle director de su conciencia; y cuando más tarde dirigió los destinos de la Nación, no dió cabida en su alma a la desapoderada ambición; ni sintió las concupiscencias del mando, tan propias de los grandes validos; ni aspiró el hálito de la vanagloria; ni se dejó engreír por la lisonja y adulación de los cortesanos. Todo lo contrario; como sabía despreciar las vanidades del mundo y estaba muy por cima de las impurezas de la realidad, ni el desdén del futuro emperador, ni su negra ingratitud alteraron la imperturbabilidad de su ánimo, porque su mirada la puso siempre en Dios. *In te Dómine speravi*, fué su último suspiro.

Murió Cisneros, pero su fama perdurará en la memoria de los siglos; su nombre ha traspasado los linderos de la inmortalidad; su colosal obra brillará perpetuamente en las páginas de la historia, como palabra viva. No con sermones ni con escritos nos ha predicado ese esclarecido príncipe de la Iglesia; su ejemplo, en todas las fases de su preciosa existencia, ha sido la más saludable predicación. Aquella frase suya, tan gráfica, «*Fr. ejemplo es el mejor predicador*», no puede aplicarse con más oportunidad que ahora.

Como postulado que culmine en el homenaje que consagramos a la bendita memoria de Cisneros, debemos presentarle como modelo a la generación actual, para que sirva de perenne ejemplo a gobernantes y gobernados. Atraviesa la

humanidad una de tantas crisis históricas, que imponen a la vida de los pueblos una renovación social: semejante a los estados morbosos que, de cuando en cuando, afligen al individuo y que, a veces, le ponen al borde del sepulcro. En la lucha y encuentro de intereses, ideas, aspiraciones y clases palpita un anhelo de mejora, de reivindicación: es el sacudimiento de la inercia que precede al ansia febril de reconstitución. En estas excepcionales situaciones, verdaderos períodos de transición de la historia humana, toda conciencia honrada, los mismo los de abajo que los de arriba, las clases directoras como las necesitadas de dirección, ponen su mirada en las enseñanzas que atesora la historia, no olvidando sus advertencias, ni los grandes caracteres que la Providencia suscita para servir de norma de conducta; y ante su vista, la fe se robustece, se alienta la esperanza, las irresoluciones desaparecen, las determinaciones de la voluntad adquieren vigor, se ensancha el corazón y llega el hombre a darse cuenta de la alteza de su destino en el Planeta. En nuestra historia—fecunda en acontecimientos cual ninguna otra—se registran aquellos caracteres, siendo uno de éstos, y acaso el de mayor relieve, el Cardenal de Santa Balbina, a quien debemos volver los ojos, porque su recuerdo nos fortalecerá en nuestros desmayos e infortunios.

Vamos, pues, a consagrar nuestra ofrenda a Cisneros, depositando en su tumba, cual guirnalda de siemprevivas, nuestros fervientes votos y ansias de regeneración, para que el Centenario a que asistimos sea el anuncio de nuestro resurgimiento.

Exemos. Señores y dignísimas autoridades que me honráis, otorgándome vuestra religiosa atención: si mi desautorizada voz pudiera oírse desde ciertas alturas, me atrevería a proponer que, desde ahora en adelante, celebrásemos la fiesta de la raza cabe el sepulcro que guarda las venerandas reliquias, puesto que el descubrimiento de América y la

Orden franciscana forman un glorioso nexo. Colón cicatrizó las heridas de los desengaños en los solitarios claustros de la Rábida. Sin la palabra cálida de los PP. Fr. Juan Pérez y Antonio de Marchena, aquél hubiera abandonado su proyecto. Cisneros, pues, con el hábito de San Francisco, es el emblema de la fraternidad de los pueblos hispano-americanos; en su egregia personalidad se cifran los dos ideales: el del almirante genovés, y el de la misión expansiva y civilizadora del pueblo español.

Levantemos un megalítico pedestal en las fronteras, con una inscripción que diga a cuantos vengan a visitarnos:

¡DETENTE, OH VIAJERO! ANTES DE ABANDONAR LA HOSPITALARIA TIERRA DE ESPAÑA, NO DEJES DE VISITAR LA ANTIGUA COMPLUTO; UNA VEZ ALLÍ, PENETRA EN LA CATEDRAL UNIVERSITARIA; Y CUANDO ALCANCES A VER EL MAUSOLEO QUE ORNAMENTA EL CRUCERO DEL SEVERO TEMPLO, NO TE DETENGAS PARA ADMIRAR SUS RICOS MÁRMOLES, NI LOS PRIMORES DEL ARTE, NI LA ESBELTA VERJA DE BRONCE QUE LE RESGUARDA; EN CAMBIO PIENSA Y MEDITA, QUE ALLÍ DENTRO DUERME EL SUEÑO ETERNO, EL GENIO DE NUESTRA RAZA, EL SÍMBOLO DE NUESTRA GRANDEZA, LA PERSONIFICACIÓN DE NUESTRAS GLORIAS, EL REFLEJO DE LA ESPAÑA GRANDE Y VIRIL, QUE ALLÍ DESCANSA UN ATLANTE: ¡el Venerable siervo de Dios, Fr. Francisco Jiménez de Cisneros!

He dicho.

# APÉNDICES



— NÚMERO 1. —

Relación de los primeros catedráticos de la Universidad  
Complutense.

---

Miguel Pardo.....	Artes.
Agustín Pérez de Olivano.....	Artes.
Luis Pérez del Castellar.....	Artes.
Pedro Ciruelo.....	Teología.
Fr. Clemente Ramírez.....	Teología.
Gonzalo Gil.....	Teología.
El Doctor Bernardino.....	Medicina.
Antonio de Cartagena.....	Medicina.
Tarragona (se omite el nombre).....	Medicina.
Villar del Saz.....	Cánones.
Fernando Alonso de Herrera.....	Retórica.
Juan de Angulo.....	Gramática.
Juan de Oteo.....	Gramática.

---

Véase el interesante estudio acerca de *La Universidad de Alcalá*, escrito por D. Antonio de la Torre. «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.»—1909.



1075442

## — NÚMERO 2. —

Colegios seculares de la Universidad de Alcalá y fecha de su creación.

TÍTULOS	Años de su creación.
<b>Fundados por Cisneros.</b>	
Colegio mayor de San Ildefonso.....	1510
Idem menor de San Pedro y San Pablo.....	
Idem de Madre de Dios de los Teólogos.....	
Idem de Santa Catalina.....	
Idem de Santa Balbina.....	1513
Idem de San Eugenio.....	
Idem de San Isidoro.....	
Hospital de San Lucas y San Nicolás.....	
<b>Fundados por sujetos particulares.</b>	
Colegio de San Jerónimo (Trilingüe).....	1528
Idem de Caballeros de Santiago.....	1528
Idem de San Felipe y Santiago (del Rey).....	1551
Idem de San Juan Bautista (de Vizcaya).....	1563
Idem de Santiago de Caballeros Manriques.....	1570
Idem de San Jerónimo (de Lugo).....	1578
Idem de San Cosme y San Damián (de Mena).....	1582
Idem de San Clemente Mártir (los Manchegos).....	1589
Idem de León.....	1595
Idem de Tuy.....	1597
Idem de Santas Justa y Rufina.....	1607
Idem de San Ciriaco y Santa Paula (de Málaga).....	1610
Idem de Aragón.....	1611
Seminario de San José (Pupilaje de Avila).....	1919
Colegio de Santa Catalina Mártir (Los Verdes).....	1626
Idem de San Patricio (Los Irlandeses).....	1645
Idem de San Justo y Pástor (Los Seises).....	1702
Seminario de Nuestra Señora del Prado.....	1703
Colegio de la Concepción.....	1708

Véase la obra de D. José Demetrio Calleja, *Bosquejo histórico de los Colegios seculares de la Universidad de Alcalá de Henares.*—1900.

== NÚMERO 3. ==

Colegios y Conventos de religiosos, incorporados a la Universidad de Alcalá, y año de su fundación.

T Í T U L O S	Años de su fundación.
Franciscos Observantes de Santa María de Jesús (vulgarmente de San Diego).....	1456
Trinitarios Calzados.....	1525
Bernardos Cistercienses de Santa Librada.....	1525
Dominicos de Santo Tomás de Aquino.....	1529
Agustinos Calzados de San Agustín.....	1533
Mercedarios Calzados de La Concepción.....	1539
Compañía de Jesús.....	1545
Mínimos de San Francisco de Paula-Santa Ana.....	1553
Dominicos Recoletos de Madre de Dios.....	1566
Carmelitas Calzados de Nuestra Señora del Carmen.....	1567
Carmelitas Descalzos de San Cirilo.....	1570
Franciscos Descalzos (Alcantarinos) del Santo Ángel.....	1576
Agustinos Recoletos de San Nicolás de Tolentino.....	1583
Trinitarios Descalzos.....	1601
Clérigos Menores o Reglares Caracciolos de San José.....	1604
Mercedarios Descalzos de la Visitación de Nuestra Señora...	1613
Franciscos Capuchinos de Santa María Egipciaca.....	1613
Hospitalarios de San Juan de Dios de San José.....	1635
Clérigos Agonizantes de San Carlos Borromeo.....	1652
Padres Basilio de San Basilio Magno.....	1660
Oratorianos de San Felipe de Neri.....	1691

Véase la obra de D. José Demetrio Calleja, *Breves noticias históricas de los Colegios y Conventos de Religiosos incorporados a la Universidad de Alcalá de Henares.*—1901.

== NÚMERO 4. ==

Notables varones que colaboraron en la publicación de la  
BIBLIA POLÍGLOTA.

Antonio de Nebrija.  
Demetrio Ducas, griego de Creta.  
Diego López de Estúñiga.  
Fernando Núñez, el Pinciano.  
Juan de Vergara.  
Bartolomé de Castro.  
Alfonso, médico de Alcalá.  
Pablo Coronel.  
Alfonso de Zamora.

Los tres últimos, conversos y doctores judíos.